

Niño Negro

Viglietti • Acosta



Viglietti, Nicolás

Niño negro. - 1a ed. - Córdoba : el autor, 2015.

194 p. ; 21x15 cm.

ISBN 978-987-33-8171-3

1. Narrativa Argentina. 2. Novela. I. Título

CDD A863

Fecha de catalogación: 15/07/2015



Contamusa

www.editorialcontamusa.com.ar

facebook.com/contamusa

Andrés Acosta:

www.artstation.com/artist/karnevil9



HOLOGRAMA

Corrector Matías Zanetti:

<http://hologramacomics.com.ar/>



Esta obra está publicada bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional. Esta licencia permite copiar, compartir, distribuir, exhibir, modificar y crear a partir de la obra de modo no comercial, bajo la condición de reconocer a los autores y mantener esta licencia para las obras derivadas. creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/deed.es

Niño Negro

Escrito por Nicolás Viglietti
Ilustrado por Andrés Acosta



Ante todo, el Navegante debe trazar un rumbo calculado.
Es imprescindible convenir un curso que sea, ante todo, seguro.

—Viajes Interestelares, Prólogo a la Exploración del Sector 72



EL COMETA VERGONZOSO

-Capítulo 4-

Era diferente avanzar de vez en cuando y de cuando en vez, encontrando planetoides animados y habitados. Los seres vivientes eran curiosos y, a veces, peligrosos. Como esa vez en que el Niño Negro llegó a conocer un planeta poblado por solo tres criaturas, de raigambre bien honda, que se nutrían del calor del núcleo de su mundo, y cuyo único pasatiempo era capturar asteroides y tragárselos. Habiéndolo confundido con un asteroide en un principio, fue lógico el escape y la incertidumbre de aquellos seres, cuya mente era demasiado primitiva como para esgrimir una disculpa telepática.

De cualquier manera, se había percatado de un fenómeno del cual disfrutaba bastante, y a menudo no hacía más que recostarse y mirarlo de lejos: los cometas. Estos cuerpos de tamaños variables

que iban y venían a diferentes velocidades le atraían y lo hacían sonreír cada vez que los miraba. Los cometas eran de muchos colores, y extrañamente siempre eran fríos, o así los sentía él. Había aprendido a medir las temperaturas también con los colores y los movimientos; cierta parte del espectro por él visible casi siempre correspondía a frío, y si bien algunos iban a una velocidad desconcertante, otros apenas si avanzaban, pasando junto a él a una velocidad que fácilmente podría haber imitado. Pero no lo hacía; disfrutaba más verlos pasar que salir a cazarlos.

Había aprendido (o supuesto) el recorrido de varios de ellos. Especialmente le gustaba uno bien grande y tosco, de color pardo, que pasaba siempre encrespando pequeñas volutas de gas y chispas a su alrededor; eran como fantasmas en cierta manera, porque a los más pequeños apenas si se les adivinaba la forma y mientras más grandes eran, más lentos y definidos se volvían; el pardo, por ejemplo, tenía forma de anillo más que de bola, con un gracioso agujero en el medio. De vez en cuando, al pasar cerca de los campos magnéticos de alguna estrella, dibujaba volutas muy graciosas en forma de burbuja.

Estaba inmensamente aburrido cuando aquel pequeñuelo pasó, raudo cerca de él, más rápido que cualquiera que hubiese visto antes. Era pequeñísimo comparado con otros, apenas la mitad del tamaño del Niño Negro, e iba rapidísimo, muy rápido; de color grisáceo y blanco, parecía que iba a terminar de consumirse en cualquier momento.

Ya que parecía no tener nada más qué hacer, el Niño Negro decidió jugarle una carrera al cometa y, por qué no, dejar que éste se estrelle contra su pecho si podía alcanzarlo. Empezó a correr detrás del cometa, pero era tan rápido que apenas si distinguió un chispazo de su cola cuando comenzó la carrera.

El Niño Negro había observado suficientes cometas como para saber que todos tenían una curva. Claro, en su cabeza el concepto de órbita era inmenso y poco práctico; para él, los cometas corrían a su propia velocidad, siempre torciendo hacia un mismo lado, quizá para no perderse. No los consideraba vivos ni nada por el estilo; simplemente le parecía mucho más lógico que hicieran eso a que pasearan por todo el Universo. Después de todo, tanto los planetas como las estrellas y cualquier otra cosa en el espacio se movía en círculos.

De repente, se percató de que no solo no lo estaba alcanzando, sino que cada vez se le hacía más difícil seguirle el paso. Aunque nunca lo hubiera visto antes, el cometa estaba acelerando, o eso parecía. El Niño Negro no bajó los brazos; aumentó la velocidad también, y sus cabellos ensortijados y largos se fueron un poco más atrás por la inercia. El cometa, que parecía hacerlo a propósito, siguió aumentando la velocidad y doblando en una curva totalmente rala; era difícil mantener el ritmo.

Entonces, en un chispazo de astucia, el Niño Negro se dio cuenta que si se fijaba hacia dónde iba el cometa y cortaba camino a través del espacio que le dejaba la curva, no solo lo alcanzaría sino que lo enfrentaría. Era geometría básica.

Lo hizo. Obviamente, lo hizo a ojo, y perdió de vista el cometa momentáneamente. No importaba, se dijo; pronto vería la cola del condenado humeando en la lejanía; sabía que la hallaría, ya que sus ojos nunca le habían mentido.

Pasó un tiempo que el Niño Negro no midió por no importarle. Luego, como lo había previsto, vio al cometa dirigiéndose raudamente hacia donde él estaba. Corrigió su lugar, pues le había errado por un espacio no muy grande, y se quedó ahí, de

brazos extendidos, dándole el pecho a ese cometa y esperando el estrellón. Pero el cometa hizo algo que lo desconcertó totalmente y lo dejó clavado en su lugar; cuando estuvo a punto de chocar contra él, dobló en un ángulo de noventa grados, sin disminuir la velocidad, y se alejó sin describir ninguna curva en absoluto.

El Niño Negro se quedó pensando mucho en este problema. El cometa, fuera de toda duda, lo había esquivado, y nunca había visto ese comportamiento ni en asteroides, ni en estrellas, ni en planetas. No solo eso, sino que ahora la aceleración del cometa mientras él lo perseguía le parecía totalmente lógica. El cometa se percataba de su presencia. No sabía cómo, pero se percataba de su presencia y lo esquivaba.

Vio pasar muchos otros cometas mientras pensaba en ello. Le asaltó la idea de probar con ellos, a ver si se comportaban de la misma manera que aquel cometa de cola grisácea y luz blancuzca que le había esquivado. Pero desistió a la idea con empecinamiento. Como todo Niño, quería volver a encontrar a ese cometa, y no a ningún otro. No quería sentirse satisfecho con otro cometa chocando contra él o esquivándolo.

Él quería ese cometa. Y salió a buscarlo por todo el Universo.

Le tomó un buen tiempo dar con el cometa. En un lugar donde indicaciones como arriba, abajo, izquierda, derecha, atrás y adelante no tienen sentido, puede ser bastante fácil perderse, y mucho más fácil perder algo. Se topó con unos cuantos cometas, pero siempre se decepcionaba dándose cuenta que eran o más pequeños, o más lentos, o más grises. Tenía a ese cometa grabado a fuego en la memoria; sabía perfectamente cuál era, pero no había pensado en qué haría cuando lo encontrara.

Se topó con él casi por casualidad, como siempre que buscamos algo que hemos perdido y lo recuperamos; no es realmente la búsqueda la que nos lleva al objeto deseado, sino precisamente no querer encontrarlo, o buscar otra cosa. El Niño Negro estaba intentando zambullirse en una estrella, pues estaba anestesiado por el gigantesco recorrido que había hecho sin pausa. Una vez más, el tiempo tampoco importaba; lo medía solamente con su propio ciclo biológico.

El cometa era el mismo, o casi. Era más pequeño y más veloz, pero esta vez parecía llevar una trayectoria fija, otra vez curva. No se apresuró a cazarlo; primero salió a través de una estrella y, una vez refrescado y excitado por el baño, se largó a perseguirla.

El Niño Negro nunca había ido a esa velocidad antes. Lo notaba por la manera en que sentía los ojos y por cómo el entorno cambiaba rápidamente, y no lentamente, como antes. Aceleró y el cometa aceleró con él. Trazó en su cabeza la ruta del cometa y volvió a repetir la estrategia; esperarlo en una curva. El cometa hizo exactamente lo mismo, y él salió detrás.

El cometa, apenas una bola de luz blanca y gris del tamaño de una pelota de básquet, empezó a girar en círculos pequeños, a hacer zig-zag, a ir a una velocidad asombrosa para muchos lados al mismo tiempo. El Niño Negro lo seguía bastante bien, pero solo porque no se fijaba en el entorno. Si lo hubiera hecho, probablemente se hubiera desorientado en cuestión de minutos. El tema era, justamente, mantener la mirada fija en el cometa.

De pronto, el cometa empezó a ir a una velocidad suficiente como para transformarse en un hilo de luz. Ya no veía la bolita separada; ahora veía un hilo que se extendía en un extremo y se apagaba en el otro, evanescente. El Niño Negro, que jamás había sentido el miedo, aceleró también.

El resultado fue hermosísimo. Él también era una proyección de sí mismo. Si miraba hacia atrás se veía extendido en dimensión, apagándose rápidamente en un extremo, completamente negro en el otro. El cometa no dejaba de moverse, pero ahora que iba a esa velocidad todo parecía ir más lento; incluso él. Las estrellas a su alrededor eran apenas hilos de luz más chicos.

Sin quererlo, se dio cuenta que había encontrado un juego bastante divertido. Encontró su propia manera de bailar con un cometa, porque eso es lo que era; un baile. El Niño Negro no podía agarrarlo, y el cometa no se podía deshacer de él. El efecto de luz evanescente del cometa era demasiado agradable como para dejar de verlo.

Todo se hacía más lento. Él, el cometa, los hilos de luz. Y comenzó a sentirse no acelerado, no atenazado, no excitado, sino placenteramente adormecido, como si todo estuviera inmerso en miel y el universo todo tuviera savia amarillenta cubriéndolo. Se movía aletargado por un proceso que no entendía. El movimiento en exceso y el hecho de estar en más de un lugar al mismo tiempo estaban llegando al único resultado posible; la inmovilidad del que está en todos lados a la vez. Por supuesto, la percepción del movimiento se iba desvaneciendo lentamente y, aunque él no lo sintiera, seguía moviéndose.

Al final, simplemente estuvo él delante del cometa. Podía extender su mano y tocarlo, una bola de luz grisácea, pero no lo haría. Sabía que el cometa no estaba ahí, y que lo que veía era una imagen residual, así como el hilo de luz eran muchas imágenes superpuestas. Sin embargo, el cometa tampoco podía moverse sin tocarlo a él. En ese momento se hallaban cuando una voz, extrañamente cálida, resonó en su cabeza.

—Bueno, esto es incómodo—

El Niño Negro no salía de su sorpresa. ¿El cometa realmente le había hablado?

—Claro que sí, Niño, claro que sí. ¿Quién más podría haber sido?—

Aún sin salir de su asombro, su cabeza formuló las preguntas necesarias casi automáticamente. Cómo era eso posible, quién era él y por qué huía.

La respuesta del cometa no se hizo esperar. Su hilo de voz telepático, más que oírse se sentía; era como tener cada uno de sus cabellos cerca de una estufa, o algún lugar confortable; la sentía detrás de las cuencas de los ojos y le cosquilleaba la laringe y los oídos. Acariciaba sus párpados y su nariz como si fuera una pluma, y lamía sus mejillas como las llamas.

—Soy un Cometa. Como todo lo que creó el Embrión, tengo nombre, pero no pienso decírtelo. Los Cometas, Niño, somos unos de los más antiguos del Universo. Veo que nos comparaste con fantasmas, aunque no creo que hayas visto morir a nadie; sí, somos fantasmas. Nacemos gordos y rollizos y nos vamos deteriorando y quemando a nosotros mismos con el devenir del tiempo. No podemos dejar de movernos, y el propio fuego que nos impulsa y que disfrutamos tanto es el que nos consume. No existen más cometas nuevos; corremos hacia la extinción. Solo quedamos los que creó el Embrión.—

Las preguntas que siguieron tenían todas que ver con el susodicho Embrión.

—El Embrión fue el principio. Algunos pueblos lo llaman Dios, o lo dividen en facetas de su historia, o lo explican como un fenómeno físico. En el fondo es lo mismo: el principio, el origen, el génesis; nosotros, los cometas, lo llamamos el Embrión. El Embrión nos dio nombres, como se lo dio a todo, para imprimirnos propósito. Tienes que entender, Niño, que las palabras y los nombres no son más que cadenas; encadenan a las cosas, les dicen qué son, para qué sirven o qué hacer. En la simple palabra Cometa está impreso nuestro propósito, nuestro destino y nuestra función.—

El Niño Negro hubiese querido rascarse la cabeza. Realmente estaba un poco desconcertado.

—Tú, por ejemplo, no fuiste creado por el Embrión; eres una creación de creaciones, y como tal, puedes o no tener una palabra que te defina. Tienes la suerte de no tener nombre, excepto el que tú mismo uses para encadenarte.—

Una pregunta más siguió resonando en la cabeza del Niño Negro. Era la palabra función la que continuaba haciéndole ruido.

—Nosotros— concluyó el cometa —fuimos creados originalmente como una diversión. Todo el Universo tiene una forma concéntrica subyacente, al menos en su mayoría. El Embrión nos lanzó como trenes descarrilados, como gotas de agua en una misma rama, recorriendo los canales del cosmos, chocándonos contra todo y contra todos, consumiéndonos en nuestra belleza. Eso es lo que hizo llamándonos cometas.—

El Niño Negro no quiso saber más. Le resultaba triste el hecho de que el cometa no fuera a continuar existiendo; ya le quedaba muy poco que consumir, a pesar de ser bello. Sin embargo, no

terminaba de entender bien qué era una función; en la simpleza de su mente, debía ser algo así como una tarea que alguien le encargaba a otro alguien para hacer mientras existiera. Por lo menos así hablaba de ello el cometa, pero no le veía mucho sentido.

—¿Puedo seguir mi camino?— preguntó el cometa. El Niño Negro quiso saber una última cosa.

—¿Por qué siguen una misma ruta si tú pudiste tranquilamente esquivarme?—

El cometa replicó, con su voz anciana y cálida:

—Si fueras una cosa frágil y mortal, pasajera y preciosa, que sabe que debe continuar corriendo sin descanso, y que debe moverse en un lugar lleno de cosas peligrosas e impredecibles, lo comprenderías. Pero supongo que ni siquiera sabes qué significa la palabra rutina.—

—No— respondió el Niño Negro —Pero suena aburrido.—

—La rutina te da seguridad. Una vez que sabemos por donde correr, no hay riesgo de morir con la colisión, de apagarse, de perderse. ¿Entiendes?—

El Niño Negro permaneció en silencio unos momentos.

—Sí. Pero es triste.—



-Fin del capítulo 4-

Próximo capítulo
La Enana Blanca



Contamusa